This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HESPERIA
LIBRERIA ANTICUARIA
ZARAGOZA

868
M9678
Mn
1790

MORIR
VIVIENDO EN LA ALDEA, Y VIVIR MURIENDO EN LA CORTE:

SU AUTOR

DON ANTONIO MUÑOZ.

DEDICADO

AL INSIGNE MANUEL PASQUAL,

PERPETUO VOCEADOR

DE LAS CALLES Y PASEOS DE MADRID.

MADRID: EN LA IMPRENTA DE GONZALEZ.
MDCCLXXXX.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente de San Felipe el Real; en la de Cerro, calle de Cedaceros, en su puesto, calle de Alcalá, y en el del Diario, frente á Santo Tomas.

quarta, pues lo que le falta de hombre, le sobra de burro; y si por Caballero las ha, quién mas Caballero que Vmd. que rara vez se apea, y jamás cae de su Asno: demás de todo lo dicho, Vmd. es hombre que ha merecido en el solemne dia del Corpus salir con la Tarasca. Vmd. en las visitas de mas cumplimiento, y bodas mas grandes y lucidas, sale en los ramilletes muy azucarado. Vmd. en las visitas particulares sale entre las mas sabrosas roscas; y en suma, quando Vmd. celebró el séptimo Sacramento, de que todos hicimos muchos sacramentos, metió su boda de Vmd. mas ruido que las que llevan por tren silla, estufa y coche de camara: no hay que atribuir todo esto á magnificencia de la boda, sí á noveleria de Madrid. En todas estas aventuras tiene iguales aplausos el burro; pues estando Vmd. sin dexarlo, hecho un Sancho Panza, le es compañero en sus andanzas.

Lo que ahora se le encarga á Vmd. en correspondencia de mi buen afecto se que acuda en casa del Librero don-

de

... ... se vende y tomarle, que ya tiene orden de dársele á Vmd., por su mala cara; y luego que le posea, camine con él por calles, plazas y paseos, exhortando á que le compren; y en los corros de gente, que Vmd. suele juntar, haga que su jumento en voz alta lea el referido papel, especialmente las seguidillas y coplas que hay en él; y pues Vmd. es el primer acreedor, sean las primeras seguidillas las suyas, á quien deseo en ellas retratar: Si mi tosca pluma no acertase á difinir sus imperfecciones, Vmd. suplirá las faltas, que medidas con las que Vmd. tiene, no serán tantas; y pidiendo ahora silencio á todos, oigan, que dicen así:

De tu cara y tu talle
Hago un retrato,
Oye, Pasqual amigo,
Que no está malo.
Tu pelo todo es cerdas,
Pero tan duras,
Que las más vivas lesnas
Le envidian puntas.

 Tu

Tu cabeza es tan grande
Como yá he dicho,
Porque corre parejas
Con el borrico.
Tu frente es una calle
Tan sucia y fea,
Que parece que siempre
Tiene maréa.
De cejas eres calvo,
Con que no puedo
Poner en tu retrato
Lo que no veo.
Siendo tus ojos fuentes,
Manan de golpe,
El uno trementina,
Y el otro arrope.
Tus orejas por grandes
Son dos sombreros,
Cuyas alas de punta
Parecen auer-vos.
Tus narices son tiros,
Que si disparas,
Inundarás de mocos
Calles y Plazas.
Tu boca es una sima
Adonde cabe
El puesto mas secreto
Que tiene un Frayle.

Tus

Tus dientes son azadas
Con que pudieran
Cabar pocos obreros
Toda la tierra.
Tu barba es laberinto
Donde se pierde
El sudor de tu rostro,
Quando se mueve.
De tu garganta dicen
(Que no por buena)
La esperaba un amigo
En la escalera.
Con tus manos no puedes
Llevar la palma,
Mas no teniendo uñas
Quiero alabarlas.
Tu cuerpo es un talego
Lleno de paja,
Que á tu borrico sirve
Siempre de albarda.
Nada quiero decirte
De tu cintura,
Porque excedes con ella
A qualquier burra.
Mirado á buenas luces,
Tus pies son quatro,
Con zapatos de hierro
Puestos con clavos.

Tu voz pintar no puedo,
Pero el oído
Dice que es el rebuzno
De tu borrico.
Aqueste es tu retrato,
Si no está bueno,
Apelarás á Apeles,
Que yo no apelo.
A Dios, Manuel, Amigo,
Y pues te amo,
Para un pobre infelice
Mira si hay algo.

No beso á Vmd. las manos, porque no las tiene; pero soy su Apasionado

Don Antonio Muñoz.

AL

A L LECTOR Ó LECTORA.

AMigo Lector, este breve rato que hecha lengua mi pluma está hablando contigo, tengo la gloria, seas de la clase que fueses, de tratarte de *tu*; y pues este tratamiento dice amistad, estrechez y confianza, con estas tres recomendaciones pongo este papel en tu mano, con deseo de darte gusto. Si fuese tal mi desgracia que no acierte, recibe (ya que no mi entendimiento) mi buena voluntad; y considera que no hay libro, ni papel, por indigno que sea, que no tenga algo bueno: lo poco que hallases de esto, tómalo y deja lo demas sin censurarlo; pues aunque no sea de tu gusto, tengo la satisfaccion de que no ofende en cosa alguna; y sé que no es esta la mejor recomendacion de mi papel, porque los mordaces y satíricos han tenido y tienen mayor partido; pero no quiero aplauso á tanta costa. Leyéndole encontrarás una Aldea en que puedes *Morir Viviendo*, y una Corte en que *Vivir Muriendo*. Y pues todo es morir, y á eso caminamos desde el ins-

instante que nacemos, elige lo que quisieres, qne al fin todo es una misma cosa.

Hasta aquí con mi amado Lector; pero si este diese en la vista de alguna Lectora preciada de ser la *culta latini parla*, es preciso mudar de estilo; porque á una muger, sea quien fuese, no es razon (en público, hablarla de *tú* y menos de vmd.; porque sabiendo leer, ya es acreedora á la Señoría, quando otros se la dan á muchas que no saben deletrear. Esto supuesto, Señora Lectora, digo á V. S. que por buscarla el gusto la he puesto en mi papel (sin contar seguidillas y coplas) quatro cosas con que V. S. se divierta, que son: *Paseo*, *Visita*, *Opera y Comedia*. Si esto no fuese del gusto de V. S. le queda campo abierto para decir lo que quisiese, que las señoras con todo favorecen: demas de que aunque V. S. diga horrores, bien me desquita el hijo de Vecino en las seguidillas y respuestas del Apolo que en el Papelito hallará V. S. á quien pido rendidamente mande á sus Petimetres y Parroquianos de estrado le traygan este papelillo á resmas; que ellos hacen un ob-

obsequio en ponerlo á los pies de V. S. y á mí un gran beneficio: y si hubiese algun Metafisico flaco de bolsa, que pcr no poder costearle quiera decirle á V. S. que el papel es una porquería, V. S. le ataje diciendo que es su gusto, que si sabe servir las señoras, no irá contra él: y si con todo se resiste, vaya fuera, y no haga papel quien no dá papel. Y ahora, dándome V. S. su licencia, quiero dexarlo, antes que por leer éste le dé á V. S. alguna jaqueca, ó dolor de cabeza. V. S. me tiene á sus pies con el mayor rendimiento, deseando que este sea de su gusto; y volviendo á mi Lector, le digo: *VALE.*

IN-

INTRODUCCION.

EN la Villa de Madrid, Corte de nuestra España, de quien los Escritores antiguos y modernos tienen, con justa razon, impresas tantas alabanzas, que nada me dexan que decir; y sin esta circunstancia, no cabe su grandeza en mi corta difinicion, vivia yo contra el comun axioma, de que nadie está contento con su suerte; pues yo lo estaba con la mia, gozando con unas sobradas conveniencias de aquellas diversiones que licitamente puede tener un hombre mozo, criado en buena doctrina, teniendo siempre presente el temor santo de Dios; pero como las cosas del mundo son como las inconstancias del mar, y no se libra persona humana de sus borrascas, llegó el caso de cogerme á mí la mia, en que dí muchas gracias á Dios de poder escapar en una tabla, si no del mar, de las influencias de Madrid, las que aun siendo tan propensas, sentía dexar; pero fue preciso, por librarme unos dias de la persecucion de algunos enemigos, mas poderosos que yo, que

me

me buscaban tan sañudos, como mal informados de mi lance, el que no te quiero contar por largo y lastimoso, y porque no es del caso para nuestro intento; y por seguirle, vuelvo á decir que salia de Madrid con bastante dolor de mi corazon; pues aunque no estaba ocupado por el Dios Cupido de aquello que llamamos rendido, no obstante tenia mis ciertas inclinaciones; y sobre todo, mi mayor sinsabor fue dexar el sosiego de mi casa, en la que antes de salir estuve consultando con mi imaginacion dónde me iria; porque aunque en diversas Ciudades tenia amigos y parientes, no me determiné á esto, porque á el que está hecho á lo Cortesano le degüellan los cumplidos Ciudadanos; y acordándome que en una de las Aldéas de tierra de Salamanca tenia un condiscípulo, amigo y compañero de quarto, que despues de algunos años de Universidad se retiró allí al cultivo de una grande hacienda que habia heredado de sus padres, determiné el irme con él, considerando que retirado en la Aldéa viviria con alguna libertad y sosiego; ma-

yor-

yormente teniendo yo gran confianza de mi amigo, que aunque no nos habiamos visto despues que en Salamanca vivimos juntos, no habia cesado nuestra buena correspondencia, por la que yo sabia que estaba casado, y con bastantes conveniencias.

PAR-

PARTE PRIMERA.

MORIR VIVIENDO en la Aldéa.

RResuelto en esta determinacion, porque á mi amigo Don Julian no le cogiese tan de susto mi llegada, se lo avisé por el Correo; y dexando mi casa al cuidado de una muger de gobierno y de un amigo de satisfaccion, me puse en camino, llevando conmigo un lacayo, y un ayuda de cámara. Fuimos del primer embite á hacer descanso á Torrelodones, ó Torreladrones, que todo es uno, y algo mas, donde llegamos á hacer noche, que fue á Guadarrama, en cuya posada no pude descansar, pues la memoria contínua de dexar mi amada patria, mi casa y mis amigos, me acongojaba; siguiéndose á esto la barahunda de meson, y el ruido de unos que entra-

traban y otros que salian : mis criados todo era lamentarse, diciendo que el puerto de Guadarrama estaba dentro del meson, pues sin ley, sin Dios y sin conciencia los robaban, pidiendo por cada cosa tres doble mas de lo que vale. Yo les dixe: Hombres, por San Antonio que no me vengais jamás con esas demandas, y sin replicar, pagad aquí, y en todas partes quanto os pidiesen, que en los caminos y en el juego se conocen los hombres; y ahora vamos caminando, á ver si dándome el ayre se me alivia esta cabeza. Con esto tomé mi carruage, y empezando á subir el puerto, llegué á coronarlo, donde hice un poco de pausa, considerando que aquella era la linea equinoccial que dividia mi corazon en dos partes; porque perdiendo de vista la playa de mi amado Madrid, empezaba á bajar quien ya suspiraba por volver á subir. Allí, pues, por espantar mis males, acompañado del rumor que el Céfiro hacia en los rústicos árboles, me despedí de mi Patria cantando estas seguidillas:

A

A Dios Madrid amado,
Patria de todos,
Donde los forasteros
Son hijos propios.
A Dios, y no me olvides,
Que yo prometo
De volver á buscarte,
Como á mi centro.
A Dios Corte de España,
A donde vemos
Que se pasman de verte
Los estrangeros.
A Dios, que con mi llanto
Riego el camino,
Justo dolor del pecho
Qué te ha perdido.

Con esto seguí mi viage, el que no quiero contar por no ser molesto; y solo digo, que despues de quatro dias de camino, llegué al anochecer á la casa de mi amigo Don Julian, quien como ya me esperaba, no le cogió de susto mi llegada: recibióme en sus brazos, dando muestras de placer; y reintegrando nuestra antigua amistad, me entró por la mano á su casa, que por entonces so-

lo noté que era toda por lo bajo. Llegamos á una sala adornada como de Lugar, pues tenia un par de buenos arcones, un Escritorio de Salamanca, y unas Pinturas de la calle de Santiago de Valladolid: noté luego en una alcoba una cama muy alta; y de su ropa, solo á la distancia pude percibir unas almohadas de encaxes y una colcha manchega de botoncillos. Luego me dixo Don Julian: Amigo, perdona el hospedage, que me alegrara tener un Palacio para que te sirvieses de él; pero tal qual esta casa es tuya, y puedes mandarla como propia: esta será tu habitacion el tiempo que gustases de favorecerme; y alli tienes tu cama puesta con ropa limpia: yo le dí los agradecimientos debidos á su fineza, y le dixe: Amigo, aqui no hemos de gastar ceremonias, esa cama se puede poner cerca para mi ayuda de cámara, y donde está ella un catre, que con tu licencia entrarán mis criados. Hizose así, y luego le dixe: Hombre es preciso que me permitas al punto ponerme á los pies de mi señora Doña Agueda, y que me reconozca por uno

de

de sus mas rendidos criados. A lo que él replicó: Dexa esos cumplimientos, que mi muger, como verás, no los gasta: ahora está ocupada en sus quiaceres de mozos y criados de campo; luego vendrá á verte, y hallarás, aunque yo lo diga, una muger sin ceremonia, muy gobernadora de su casa (que es lo que ha menester un hombre) sin gastar los afeytes, dengues y vanidades que las de la Corte, á quien creo que hoy llaman ustedes petimetras. En esta conversacion, y contarme el dote que habia llevado en tierras y viñas pasamos un gran rato, y en él estuve notando la gran mutacion que hallaba en mi amigo y compañero, despues que le dexé en la Universidad, donde era uno de los Cursantes mas cultos y mas bizarros, así en vestir, como en las demás cosas, las que á la primera vista se le conocia habia perdido, porque estaba tosco y vestido casi rústicamente, pues traia una jaquetilla parda, con todo lo demás correspondiente, y un gorro de punto muy asqueroso, con un mal sombrero, y un palo muy gordo en la mano. Estan-

do mirando esto llegó á la puerta del quarto Doña Agueda, á quien yo tuve por alguna criada; pero luego me previno mi amigo que era su muger. Al punto que tal oí me levanté con mil rendimientos á ponerme á sus pies, y ella se quedó colorada como un pimiento, y turbada sin poder hablar palabra. Conucíólo asi Don Julian, y la dixo: Hija, el señor Don Diego es muy de esta casa, como tengo dicho, y sin el menor empacho le has de tratar, como si fuese hermano mio. Con esto se alentó algo la buena muger, y solo dixo: Sea Vmd. bien venido, y perdone Vmd. las faltas. Yo la dixe: Señora, en esta casa no las puede haber para mí; y el tiempo que tuviese la dicha de estár á sus pies de Vmd. me numerará entre uno de sus criados. Don Julian se rió mucho, y dixo: Hombre, dexa esas flores y relumbrones para la Corte, que acá no sabemos palabra en ese estilo, y ahora siéntate. Yo le repliqué: Todo es muy debido á esta Señora, y me sentaré despues que su merced, y tomando un mal taburete de los que allí habia, se le iba

á

á poner á la buena Doña Agueda para que se sentase; y ella tan turbada como antes, dixo: No señor, yo no me siento en alto, y sin mas alfombra, ni ruedo, se sentó en el santo suelo. Estuvimos en conversacion Don Julian y yo un gran rato, y en todo él no habló la dicha Doña Agueda una palabra, y yo estaba muy atento mirándola unos cabellos mal peynados, y puestos en una bolsa ó talega blanca, pero muy sucia; traia un juboncillo como de estameña, color de pasa, y un lienzo á la garganta en punta, pero muy desfargallado, y un guardapie de droguete muy raido: lo demás que no se veia seria correspondiente, porque al entrar le noté unas medias pagizas, con unos zapatos negros, romos, picados. Mis criados entraban y salian á lo que era menester, entrando maleta, cofre y catre; y luego que repararon en Doña Agueda, conocí que estaban haciendo burla, y sintiera que Don Julian lo notara. Estando en esto entró una criada con una cuera y saya de paño, con muchos ribetes, á poner la mesa para cenar, y escasamente se-

 rian

rian las ocho; traía en la mano, escusando azafate, unos manteles muy gordos; tendiólos, y sobre ellos puso un cuchillon muy grande, y una ogaza de pan de mas de seis libras, y dos servilletas muy mal dobladas, y en medio una vela de sebo, mas corrida que Doña Agueda, y mas negra que mi corazon. Don Julian se levantó, y dixo: Amigo, tú estrañarás el cenar temprano; pero es preciso que te hagas á los estilos del parage, y así vamos cenando: Cierto es, le repliqué, que hallá cenamos á las once; pero esta noche, por primera, acompañaré á ustedes, que mañana, si Dios quiere, tomaremos un medio que á todos esté bien, y así puede sentarse mi señora Doña Agueda; y ella respondió medio entre dientes: Yo, no señor; y Don Julian dixo: Hombre, mi muger ha menester ir á cenar, y contentar los niños, que gracias á Dios tengo quatro muy lindos, que verás mañana. Por Dios (le dixe) no me dés ese pesar, que los niños no faltará quien los cuide: no puepe ser, replicó mi amigo, y con esto se fue mi Doña Agueda como perro con

ma-

maza, á quien yo acompañé hasta la puerta de otro quarto, en que se quedó; y volviendo con mi amigo, nos sentámos á la mesa, y al punto, sin mas ensalada, ni mas ceremonia, plantaron en ella un quarto trasero de carnero asado, muy gordo y muy lleno de sebo, y con él dos gallinas, que al quererlas partir mi amigo, se le resistieron bastante: mis criados se pusieron á servir la mesa, y no hicieron poco en no reirse; de lo dicho tomé un poco de el carnero asado, y la cadera de una gallina, que me sirvió de entretenimiento, y hacer que hacemos, mientras mi amigo se espetó mas de un par de libras de el referido asado, cuyas sobras mandó que diesen á mis criados para cenar, y despues traxeron una olla muy grande, con mucha baca, carnero y tocino muy gordo: yo de todo ello nada quise, pero mi amigo volvió á comer como si antes no lo hubiera hecho: y al compas de esto, se espetó por un vaso ordinario su media docena de tragos; y á mí me dixo: Amigo, tú, ni comes, ni bebes; pues mira que aqui no hay otra cosa, porque este pa-

trage no dá mas de sí. Todo está muy bueno, abundante y sazonado; pero con el cansancio del camino yo no tengo gana, y ahora permitirás que para beber agua trayga mi criado algun dulce, si ha sobrado de lo que traia. Con esto traxo mi ayuda de cámara una caxa muy buena, y mi Don Julian se tiró á ella, como si no hubiera bebido vino. Yo tomé un dulce, y bebí un vaso de agua, y con esto levantaron la mesa. Mi amigo me hizo un poco de conversacion, y antes de las nueve me dexó solo, y bien desocupado, pues ya habia cenado. Al punto cerraron mis criados la puerta, y yo, por no acostarme tan presto, me estuve en conversacion con ellos; y aunque quise reprehenderlos las dos veces que se habian querido reir, no me dieron lugar, que luego saltaron ambos, y dixeron: Jesus, señor, ¿éste es el amigo tan ponderado de Vmd. y la casa de conveniencias? Pues aun siendo yo un pobre, dixo el lacayo, no me casára con esa señora Doña Agueda que Vmd. dice (que en la cocina todos la llaman el ama) aunque tuviera un Reyno; par

Dios

Dios que es mejor qualquier frutera de Madrid, y trae mejores atavíos; y prosiguió el ayuda de cámara, diciendo: el quarto, tal qual, que yo tengo en Madrid, no lo daria por toda su casa; y aunque este hombre tenga mucha hacienda y mucho dinero, no trueco mi ropa blanca por la suya, ni mis vestidos por los suyos; y no sé que él coma aqui mas curioso, ni mas sazonado que nosotros allá, y dándo un gran suspiro, dixo: ¡ha! Madrid de mi alma, patria de todos, donde aunque uno sea un pobrecito, procura andar decente y limpio, que esta gente de hacienda de Aldea *mueren viviendo*. En esto dió una gran risada el lacayo, y dixo: Señor, en la cocina, quando hemos entrado á cenar, habia unos mozos que andan con las yuntas de este señor, y son tan bestias, que á mí me daban *Don*; y al ayuda de cámara *Señoría*. Calla, bruto, le dixe, que estás muy Catedrático; ¿y qué hacias tú quando veniste de tu patria? ¿Y tus paysanos los Asturianos qué harian, si allá nos viesen? Señor, dixo, yo confieso que mi tierra es mas peor,

y por eso no quiero yo volver allá. Con esta conversacion llegué á la hora de poderme recoger, lo que executé con asistencia de mis criados. Por la mañana, á cosa de las nueve, llamé, y de alli á poco entró mi amigo, y me dixo: Jesus, hombre, y lo que guardas la cama; yo estoy levantado desde el amanecer, y he venido aqui tres veces, y siempre estaba cerrado; celebraré que hayas descansado, y que no hayas extrañado la cabecera. Yo le dixe: nada puedo extrañar en tu casa, pues con la merced que me haces, la tengo como propia, y me alegraré que mi señora Doña Agueda lo haya pasado bien esta noche: estando en esto entró la criada de la noche antes con un xicaron de chocolate, negro como una pez, y espeso como un higado: la xícara era muy basta, y el plato mucho mas, y sobre él traia un gran zoquete de pan muy tostado. Hasta no tomar mis providencias apechugé con él, y tomé la mitad de la xícara, como quien toma una purga. Quedó en conversacion mi amigo, y le dixe: Don Julian, quanto mas amigos,

mas claros; yo nó sé los dias que perseveraré aquí, por cuya razon será preciso que admitas lo que te voy á decir; y es, que acá, asi para comer, cenar y recogerse la casa, tienen Vmds. distintas horas de loque yo setoy acostumbrado; á lo que se añade no tener mi Señora Doña Agueda genio de comer con nosotros, y no es razon se prive de tu amable compañia; por lo que te pido mandes en tu cocina me hagan un buen cocido, que mi lacayo, que es ingerto en cocinero, tendrá cuidado de darme un asado, ó un frito, ó una ave por principio, y esto me lo servirá (supuesto que mi quarto está separado del mayor comercio de tu casa) quando yo se lo pida, y la cena (que será leve) y el chocolate correrá siempre por él Ya te he dicho, me respondió Don Julian, que esta casa es muy tuya, y que no deseo sino es que la mandes, y asi separadamente de nosotros come, cena y recógete quando quisieres. Repetíle nuevas gracias, y dixe: ahora quiero vestirme para que vamos á Misa; á lo que me replicó, por hoy ya no hay Misa en es-

este Pueblo, que el dia de trabajo la dice el señor Cura, quando mas tarde, á las ocho, y el dia festivo á las diez. Con el desconsuelo de no haber oído Misa me vestí, y luego salí con mi amigo á dar una vuelta á la casa; encontramos lo primero, á la puerta de la calle, quatro muchachos, dos con calzones, y dos con faldas; pero tan barrigudos y tan carifanchos, que parece que estaban preñados, y (aunque su padre no lo era) como hijos de pobre, rotos y gordos, y el que menos tenia dos dedos de mocos; y fuera de estas corrientes, negros como por pez, no tanto por naturaleza, como por efectos del Sol; apenas los ví, quando dixe á mi amigo: ¿Son estos tus hijos? Y él me respondió que sí; fue preciso decirle: Dios te los guarde, son muy lindos, y agasajélos, aunque ellos no gustaban de eso. Su padre cayendosele la baba, me dixo: vés ese mas grandecillo, que se llama Juan, pues es el demonio, una fuerza tiene ya como un ternero; y si lo dexára su madre, se fuera todos los dias tras los mozos del arado; sabe los nombres de todas mis tierras, y

co-

conoce todas las mulas y bueyes. Yo dixe á mis botones, sabe muy buena Matemática, y muy buena lengua francesa; prosiguió Don Julian, y dixo: estos muchachos, amigo, están como tú vés, criados á todo; no han conocido mas ama, gracias á Dios, que su madre, y asi están gordos y sanos. No son como los niños de Madrid, que todos están encanijados, el que menos ha mamado allá, son diez ú doce amas, y luego los tienen entre vidrios toda la vida, dándoles á comer caramelos y alfeñique, y llamando á cada cosa los Médicos, que los acaben de matar; y no quiere la experiencia enseñar á sus padres que los crien como nosotros. Tú tienes razon, le dixe, que esta naturaleza solo es á lo que se hace: dimos vuelta á la casa, y detrás de ella habia un gran corralon lleno de basura, y muchas gallinas que la estaban atizando para que sobresaliese el olor: habia á un lado dos carros nuevos, y muchos aprestes de labranza, que yo no sé cómo se llaman: en un rincon, debaxo un cobertizo, se divisaba una silla volante, que parecia el arca de

Noé

Noé entre las Sierras de Armenia, muy derrotada, y muy llena de suciedades de aves, á quienes debia de servir de meson. Yo volví y le dixe á mi amigo: ola, tienes tu poco de silla volante, aunque parece que no la usas; y me dixo: esa la compré en Salamanca el primer año de casado, por si mi muger queria que nos paseásemos alguna tarde; y como luego se hizo preñada, y cargó de muchachos, no creo que sirvió sino es dos veces: yo no tengo genio de silla, con que se está como ves. Con esto nos retíramos: y yo le pedí licencia para ponerme á los pies de mi señora Doña Agueda, y ver cómo habia pasado la noche: llevóme á su quarto, y ella me recibió con la turbacion acostumbrada; y si mal me pareció de noche, peor de dia: conocí que era hora de que ellos comiesen, y asi les dí lugar, y yo me retiré á rezar el Oficio Parvo, y otras devociones, ya que no habia oido Misa. Por la tarde vino mi amigo á decirme si queria que nos fuésemos á pasear un rato; y admitiendo su proposicion, salimos al campo, y anduvimos mas de

una

una legua á pie, en cuyo tiempo noté que solo habiamos encontrado dos mugeres como dos lobos, una á caballo en una burra, y otra á pie, y mas adelante un hombre muy mal fardado, á quien dixo mi amigo: tio Pedro, ¿de dónde bueno? Y él respondió, quitándose antes la montera con las dos manos: pardiobre, sabrá su merced que vengo de ver mi tierra del egido, que desde que la sembré no la habia pisado; y hablando con divino respeto, si Dios la libra de mal, cogeré en ella mas de 20 anegas de buen trigo. Muy bien me parece, dixo mi amigo: ea, vaya en paz; y repitió el labriego: pues qué, ¿su merced no me dá un polvo? Yo saqué entonces la caxa, y dixe: apare, buen hombre; y poniendo la mano, le vacié media caxa, con lo que fue echando mil bendiciones á la gente honrada: proseguimos nuestro camino, y en todo él, aunque piqué varias conversaciones á mi Don Julian, no habia forma de sacarlo de decir, esta tierra es mia, y la que linda con ella es del Colegio de Oviedo, y es preciso hacer apéos, por-

que

como era razon, su cortesanía, y me le ofrecí igualmente: en esto llegó el Barbero con su jaquetilla y pelo propio, cogido en castaña; (que solo en esto se distinguia de Don Julian) y despues de darnos las buenas noches, muy acelerado, dixo, fortuna ha sido hallarme en casa, que acabo de apearme, que vengo de un Lugarcillo de hacer una sangria á una muger que ha parido dos niños, que en esta tierra paren como conejas. Siguióse á este un Labrador, con un tozuelo gordo como él mismo; traia una anguarina de paño pardo larga, sus polaynas, montera con dos carreras de botones á los lados y un garrote en la mano: entró y dixo: alabado sea Dios: todos diximos, por siempre jamas amen; y con esto mi amigo dió orden de poner la mesa, y en ella una vela de mal sebo: abrió luego el escritorio, y sacó una baraja muy mugrienta y muy mala, y dixo, no hay baraja nueva; pero esta puede servir muy bien, que solo se ha jugado con ella tres noches. Buena es, linda, dixo el Barbero: no quisiera yo, en gracia de Dios, mas caudal

que

que el que con ella se puede ganar: con esto nos sentamos, y despues de tener el Cura y yo nuestro cumplido, sobre quién habia de ser mano y poner juego, como á forastero me hicieron ese agasajo; y yo dixe, supongo que ustedes jugarán ligeramente, y por esto solo será entretenernos; en cuyo supuesto, podemos jugar ocho quartos de polla adelante, y dos de condiciones. El Barbero y el tio Francisco, (que así se llamaba el Labrador) que tal oyeron, quisieron echar á correr, y me dixeron: Jesus, señor, ¿estamos en las Indias? Acá se juega un quarto de cada uno de entrada, y no se pagan mas calidades que él solo; es así, dixo el Cura, pero ahora es preciso, por esta noche, jugar al gusto de este Caballero. Vmd. puede hacerlo, replicó el Barbero, que lo gana cantando; pero yo soy un pobre con cinco hijos, y afeito á Vmd. todo el año, y le asisto por una fanega de trigo, que el año que este vale á ocho ó nueve reales, no me sale cada barba á ochavo. Yo dixe: Señores, por mí convengo á todo, y así soy contento de ju-

gar á su moda de ustedes. Con esto me dieron naype, pero no entrada; y como era mano, y juego leve, pedí un rey que tuvo el Barbero, y aunque ayudó como un perro, no bastó para llevarnos la polla, que nos dieron un codillo, para mí como unas nueces, y para él como un acibar, pues luego se empezó á escamoniar, y dixo: ¡oh Señor! pues si Vmd. las da en entrar así, le daremos el rey. Con estas cosas y otras jugamos hasta las ocho, y yo desesperado de ver aquellos hombres con tal afan. Levantóse la mesa, y se atravesaron veinte quartos que ganó el tio Francisco; y el Barbero dixo desesperado: esta noche ha estado el juego muy caliente, y se ha atravesado bastante; pero la fortuna del señor Francisco es grande, siempre gana. Y respondió el Labriego: menos quando pierdo. Luego se despidieron, y yo quedé con mis criados diciendo: ¡válgame Dios! ¿que pueda mi amigo, que era un hombre muy racional, haberse sujetado á *morir viviendo* entre esta gente? A lo que dixeron mis criados: pues aun no sabe

Vmd.

Vmd. la mitad de las cosas que pa[illegible] en esta casa; si Vmd. oyera allá fuera llorar los quatro muchachos á un tiempo, y hacer sus diligencias precisas en el suelo, y la madre regañar, y los criados pedir la cena, diciendo que vienen reventados del trabajo, y armar entre unos y otros tales peloteras, que la casa es un infierno: Dios me saque de aquí quanto antes, dixe, y me vuelva á mi Madrid, que aun no siendo mia esta bataola no la puedo tolerar: por la mañana llámenme Vmds. temprano, que no quiero quedarme sin Misa. Con este género de muerte viví unos dias, pensando siempre en el de correo, para entretenerme un rato con las cartas de los amigos, que por menudo me avisaban las novedades que ocurrian, sin dexar de remitirme la Gazeta, la que jamas queria leer mi Don Julian; y hacia bien, porque él estaba ya tal, que solo sabia algo de Agricultura de Herrera, pero nada mas.

FUNCION DE ALDEA.

UNA de las mañanas, que yo estaba tan confuso como desocupado, entró mi Don Julian al quarto, y me dixo: amigo, vengo á decirte que mañana, siendo Dios servido, hay en una Aldea, una legua de aquí, una buena funcion; estamos mi muger y yo convidados á casa de un pariente, donde (si gustas) puedes venir y divertirte un rato, aunque la funcion no será como para tí; pero ya sabes que las cosas gustan, ó por muy malas ó por muy buenas. Yo dixe: en eso me haces agravio, pues sabes, que yendo mi señora Doña Agueda, es de mi obligacion el irla sirviendo; demas de que por una vez no hay quien desprecie semejantes funciones, y así estoy pronto; suponiendo, que tal qual, compondrás la silla volante, para que vaya mi señora Doña Agueda. Qué silla volante ni qué calabaza, dixo entonces mi amigo: tú dexate gobernar, y haz lo que yo te diga, que acá, quando hay tales fiestas, entoldamos un carro, y con quatro mulas á colleras vamos

mos todos juntos, mejor que en un coche. Convengo á todo, respondí, y al otro dia al amanecer yá estaba el carro á la puerta, como queda dicho. De allí á poco se presentó mi Doña Agueda en la forma siguiente: peynada muy en liso, con su talega negra y su remate de encaxes, su casaca de damasco negro, con un brial muy recolorado de media persiana, y este daba lugar á que se le viesen unas medias azules, con su quadrado blanco, y unos zapatos con un viso de blancos, y su poquito de tacon encarnado: en el escote y buelos traia unos encaxes, que les ayudó á ser gordos una carga de almidon, que al parecer tenian. Traia sus guantes de dedos muy bordados, y su dengue de grana, tal, que no la pasarian con un puñal, guarnecido con su punta de españa; y tomados los cabos por debaxo de los brazos, le traia atado á la cintura. También habia mucho rato que mi amigo D. Julian andaba por allí zarabandeando, pero á su parecer muy guapo, porque traia una casaca á lo militar bien cumplida, color de teja muy encendi-

 do,

...., y una chupa de la misma tela de el brial de su muger: unos zapatos con mucha suela y mas tacon: una corbata muy larga: un peluquin, que se le habia peynado un mozo de mulas, y un sombrero disforme. De allí á poco vino el Barbero, con su parienta y otras dos vecinas, que todos eran convidados al carro. Ellas venian muy llenas de cintajos, y el Barbero traia su pelo suelto, aunque cogido debaxo de un sombrerillo redondo con su cinta encarnada, su capa, su jaqueta, y un jubon de droguete y dos bueltas de corbata, y una guitarra debaxo del brazo; y dixo: hoy es dia de alegrarnos, y esta servirá en el camino, y despues en la funcion, para tocar unas seguidillas, que baylen estas muchachas; y empezando á hacer cabriolas, las fue embanastando en el carro, empezando por mi señora Doña Agueda; pero él á unas y otras echó piernas al ayre. Entonces me dixo D. Julian: este Barbero es el demonio, gasta bello humor, verás qué buen rato llevamos con él, y así nos embanastamos todos en el carro; hasta mi ayuda de

cá-

cámara y mi lacayo. Empezó á m verse aquel promontorio de madera, con tal ruido, que el leon con todo su ánimo está bien disculpado en tenerle miedo, que tambien yo se le tenia; y mas que en cada batidero daba tan grande golpe, que á veces me dexaba sin sentido la cabeza. Apenas llegamos al camino, quando empezamos á alcanzar mil gentes de distintos Lugares, que seguian donde nosotros; unos iban á pie, otros á caballo asnalmente; y habia jumento que llevaba dos, mayores que él: otros en carros, pero ninguno entoldado como el nuestro. Con esto el Barbero empezó á pullas con los que encontraba, y ellos á responder tales desvergüenzas y disparates, que no se pueden decir. Ellas reian á carcajada tendida, y mi amigo me decia: mira si te dixe bien que el Barbero es célebre. De esta fiesta, quien sacó la mayor parte fue mi lacayo, que rió muchísimo, y echó tambien sus ciertas pullas. Luego el Barbero templó la guitarrilla, y alternando con una de las muchachas vecinas, cantaron á las folías estas quarte-

tas,

, rematando cada una de ellas con un *Gigi* muy desentonado.

Es muy tonto el buen Pasqual
En querer á Gila bien,
Quando ella con su desdén
Siempre le trata tan mal.
Consuélese en sus desvelos,
Quando los afectos mide,
Que le dá lo que la pide,
Puesto que la pide zelos.
Empiece él á aborrecer,
Busque fruto de otra cepa,
Que como Gila lo sepa,
Al punto le ha de querer.
Esté Pasqual advertido
De que en el pecho mas necio,
El desquite de un desprecio
Ha sido siempre un olvido.
Muéstrele ceño y rigor,
Envíela noramala,
Que al instante la Zagala
Le hará cocos al amor.
Bien Pasqual me puede creer,
Que visto y andado todo,
Este es el único modo
De tratar á una muger.

Aca-

Acabadas sus coplas dixo el Barbero estos Caballeros de Madrid no saben cantar. Vaya Vmd. señor D. Patricio, dixo á mi ayuda de cámara, diga Vmd. algo, que se alegren estas señoras: él, que tambien gustaba de la fiesta, le tomó la guitarra, y empezó á cantar estas seguidillas:

Tan cruel es Anarda,
Que si la miro,
Arrojára del pecho
Quanto la estimo.
Muerta ya mi esperanza
Haz que la entierren
En el panteón obscuro
De tus desdenes.
Suspira un infelice,
Gime y anhela,
Pero nunca consigue
Lo que desea.
Víctima de tus aras
Me constituyo,
Mas todas mis ofrendas
Se vuelven humo.
¡Ay, Anarda divina,
Y qué mal haces
En aumentar esquiva
Mis ceguedades!

Mu-

Mugeres y monedas
Son parecidas,
Que hay muchísimas falsas,
Si bien las miras.
Yo estoy entre mis penas
Tan bien hallado,
Que no quiero trocarlas
Por un descanso.
Las glorias de Cupido
No hay quien las cante,
Que tiene en cada gusto
Dos mil pesares.
Tiene amor en su libro
Tales extremos,
Que aquel que mas le estudia,
Le sabe menos.
No extrañes tú, mi vida,
Que yo te zele,
Que todos son efectos
De quien te quiere.
Las niñas de tus ojos
Juegan conmigo,
Y despues se me enojan
Porque las miro.
El ave fenix canta
Quando se muere,
Y esto mismo á mi pecho
Hoy le sucede.

Con

Con esto llegamos al Lugar, donde ya sonaba gran rumor de tambor y gayta, y las campanas se hacian pedazos: arribamos con felicidad á la casa destinada, y apenas arrimó el carro á la puerta, quando sin ayuda de vecinos, Doña Agueda y compañeras saltaron de él como cabras: salieron luego á recibirlas otras como ellas, y se dieron mil abrazos y apretujones, y se entraron á la casa, quedando nosotros á la puerta con el dueño de ella, que á mi me hizo un gran cumplido: llegaron á la tal casa muchas gentes, unos peores que otros, y todos se encaraban á mi lacayo, creyendo que era algun Dragon: (porqué mi librea era pagiza) de allí á poco dixeron que era hora de ir á la Iglesia, que habian hecho la última señal; y con esto nos encaminamos á ella una tropa de mas de una docena, los mas gente de capa, y pelo tendido, y detras venian muchísimas mugeres. Llegamos á la Iglesia, y todos se quedaron á la puerta; (costumbre de los Lugares) pero yo luego entré, y despues de haber adorado al Santísimo, tomé

un

un Confesonario donde estár mas recogido de la confusion. La Iglesia era decente, y en la Capilla mayor estaba en andas, muy adornado de flores y luces, un San Roque, á quien se hacia la fiesta por Patron y Titular: afuera sonó un gran ruido de Tambor, Gayta y Danzantes, hasta que oyeron el Introito de Misa, que entonces entraron todos de tropa, y los mas se subieron al Coro, donde incorporando sus voces con las del Sacristan, alternando en algunos pasages la Gayta, dieron tan crueles gritos, que crei que todos se quedaban sin garganta: entonó el Cura la *Gloria*, y ellos la hicieron Infierno con sus destempladas voces: tuvo de bueno (aunque larga) que no fue eterna, porque se acabó; y despues de las Oraciones de la Misa, el Subdiácono emprendió una Epístola, de la que se comió mas de la mitad: siguióse el Diácono con su Evangelio, que no lo fue, porque quanto articuló fueron testimonios, que levantó al Evangelista. Ya habia salido á tomar la bendicion para predicar un Religioso de nuestro Padre Santo Domingo, al que

que oí con mucho gusto, porque predicó lindamente, que algo bueno habia de haber en la fiesta: acabado el Sermon, prosiguieron la Misa, y á *Sanctus*, y á la elevacion de Hostia y Caliz, ya que no pudo el Órgano, soltaron la Gayta y Tambor todos sus registros, y uno de aquellos muchachos asistentes dió tales vueltas á una rueda de campanillas, que por no oirlos dexára el puesto, si no estuviera adorando al Rey de los Reyes, y Señor de los Señores. Acabada la Misa se empezó á remolinear la gente de tal suerte, que crei que habia sucedido algo en la Iglesia; y era que los Danzantes habian de hacer en ella sus habilidades, de lazos y paloteados; y uno de ellos (el principal) tenia un dicho que decir; y saliendo de su quadrilla, baylando de puntilla y carcañal, llegando cerca del Santo, le dixo así:

Santo y Glorioso San Roque,
Abogado de la peste,
Librad de tal maleza
A este Pueblo y demas gente.

Y

Y pues sois nuestro Patron,
Elegido por el Pueblo,
Vos tendreis mucho cuidado
De librarnos del Infierno.
Viejos, mozos, niños, mozas,
Todos celebran tu fiesta
Con aquellos regocijos
Que de sí da nuestra Aldea.
A vuestros dos Mayordomos,
Que este año os hacen fiesta,
Dales muchísima salud,
Con una larga cosecha.
Y al Cura y Predicador,
Hombres doctos de esta Iglesia,
Haced que sean Obispos,
Que será una cosa buena.
Perdonad lo mal que lo hice:
Perdonad, pues, Santo mio,
Y aunque yo no lo merezca,
Digan todos juntos, vitor.

La gente rió mucho esto, y celebraron lo bien que lo habia representado el Danzante, y la buena cabeza que tenia, porque lo habia aprendido todo casi en un mes: siguióse á esto una procesion, que andubo por todo el Lugar,

y

y acabada toda su funcion de Iglesia venimos á casa, donde ya estaba puesta una larga y estrecha mesa con quatro jarros de vino muy grandes en ella, y otras tantas ogazas de buen pan; no habia mas servilleta que una que en cabecera de mesa habia para mí, cuyo puesto me hicieron ocupar; y sentados todos revueltos hombres y mugeres, entraron á servir la mesa quatro mozones, con sus jubones azules y verdes, y desembanastaron tales platos de carnaza, una cocida, otra en guisado, y otra asada, que de verla solo se me quitó la gana: no sucedió así á los demas circunstantes, porque fue tanto lo que engulleron y bebieron, (haciéndome muchos brindis) que no sé cómo no reventaron. Los postres fueron un par de quesos, y mas de media arroba de manzanas, que rodaron por aquella mesa. Levantaronla, y la mas gente salieron á la calle baylando el eubjelo con botellá: de allí á muy poco rato vinieron á avisar que si queriamos ir á ver correr los patos: yo dixe que sí, creyendo que aunque fuese ridícula tendriamos alguna caballada, y quando

 fui

fui (con los demás) me hallé con una quadrilla de mozos que corrían los patos á pie, siendo tan gansos unos como otros, en fin, ellos dieron sus ciertas carreras, estando yo mas corrido que todos: acabada aquella frialdad, armaron dos bayles desaforados, uno al pandero donde baylaban á un tiempo mas de cinqüenta mozos y mozas, y otro á la guitarra de nuestro barbero, donde habia mucho fandango y seguidillas: en otra parte los hombres tenian juego de pelota; y en otra tiraban á la barra, donde estaba un viejo, que decia: ea, muchacho, aprieta esos puños, que de tu edad tiraba yo, á buen seguro, una barra mas. Don Julian y yo andábamos juntos de corro en corro, en lo que cabe divertidos; y observamos que conforme la tarde se cargaba se cargaban las cabezas: encontramos un hombre hecho un zaque, y dió en venirse tras nosotros pidiendo tabaco, y diciendo á Don Julian: Señor Caballero, no vaya Vmd. tan grave, que á su padre le conocí mucho, y era un labrador honrado; con esotro señor no me entiendo, porque será al-

gun Marqués; pero acá, gracias á Dios, somos Hidalgos y Christianos viejos, por la gracia de nuestro Señor Jesu-Christo: llegamos al corro de la guitarra, donde mi ayuda de cámara baylaba que se las pelaba; y un mozuelo cantó á una moza que estaba en vísperas de casarse estas seguidillas:

Cuidado, vida mia,
Que posesiones
Pueden hacer tibienas
Tantos amores.
Mira cómo te portas
El primer año,
Que una cosa es amante,
Y otra casado.
No fies en alhagos,
Que muchas veces
Tan solo se dirigen
A ver si quieres.
En las guerras civiles
Que hay en las casas,
Suele mejor vencerlas
El que mas calla.

De allí pasamos al corro del pandero el que zapateaba una labradora grande-

 men-

mente, y ella y otro mozo, que al lado tenia, cantaron estas coplas:

A las orillas del Tormes
Durmiendo se ve Lisardo,
Quando dicen que de Fili
Está muy enamorado.
Yo creo que sus amores
Todos serán un enredo,
Que á quien rinde el Dios Cupido
No puede rendir el sueño.
Aquellos limpios cristales,
Que el Céfiro lento mueve,
Dicen con lenguas de plata
A Lisardo que despierte.
Como claro le habla el agua,
Le dice á voces llamando,
Despierta, que aquel que adora
Debe estár hecho un Argos.
Si es confianza en la Pastora,
Creyendo que está segura,
No confie quien ama,
Que todo el tiempo lo muda.
Despierta, Pastor, despierta
A las voces que te dan,
Y mira que tu Pastora
Quizá tendrá otro zagal.

Ya

Ya el Sol iba daclinando, quando la gente forastera empezaba á desfilar; y volviéndonos allí á juntar, volvimos á la casa donde estábamos hospedados, y luego salió el patron, y dixo: Ea Caballeros: vaya una hebra de fiambre pàra echar un trago, y en este punto sacó un mozo á la puerta de la calle una fuente de cecina y tocino de mas de media arroba, y otro con una ogaza y un jarro, fue dando provision, quedando yo pasmado de verlos merendar; como si no hubieran comido: con esto acabó de rematar toda la gente, y nuestro Barbero y mi Lacayo era cosa de no poderse tener: llegó el caso de despedirnos, y arrimando el carro nos volvimos á embanastar en él; y fueron menester quatro ó cinco para subir al Barbero: los que conducian el carro traian tambien el cuerpo caliente, y fueron tantas las voces y palos que dieron á las mulas, que todo fue correr, con cuyos movimientos dió una vomitona tan cruel al Barbero, que el carro goteaba como una cuba que se sale: mi ayuda de cámara le decia, señor Lorenzo, ¿ qué es

eso? Y él respondia muy trápajoso: aquel último trago me cogió sudado, y me mató; pero aun, gracias á Dios, haria una sangria si se ofreciera, y afeytara á qualquier Caballero; para el picaro (decia yo entre mí) que se pusiera en tus manos; y mi amigo Don Julian decia, de estas funciones siempre viene la gente caliente. Aunque molidos, y con mucho trabajo llegamos bien de noche, y yo luego me retiré á mi quarto con mi ayuda de cámara, con quien estuve hasta la hora de recogerme, glosando la funcion, y admirando las diversiones de aquellas gentes, aunque yo no tenia gana ni aun de hablar, pues traia mi cabeza aturdida y sin poder desechar de ella el rumor de la gayta y tamboril, que este se me clavó en los oidos por muchos dias; con este género de muerte iba viviendo y pasando en la Aldea, con las esperanzas de volverme pronto á mi casa, segun me escribian mis amigos, que mis dependencias iban tomando buen semblante.

EN-

ENFERMEDAD EN LA ALDEA.

EN este medio tiempo cayó enfermo mi amigo Don Julian, y al afan que él traia en las cosas de su hacienda, ya me parecia á mí que tardaba: á las primeras calenturas estuvo con él mano á mano el Barbero, quien luego le hubiera quitado el pellejo si no estuviera yo allí, que no quise permitir que le sangrase sin dictamen de Médico; por el que mi amigo, aunque le sobraban las conveniencias, no queria enviar á Salamanca, estando cerca de nuestra Aldea, diciendo que era mucho engorro el Médico, y que recetaria tres mil jaropes, que despues de costar mucho dinero él no habia de tomar; no obstante esta repugnancia, nos convenimos Doña Aguefia y yo en enviar por el Médico, el que vino, y aunque de prisa, y sin hacerse cargo de la enfermedad, recetó mil cosas de botica, que todas iban viniendo de Salamanca tarde, mal y nunca, como sucedia con las demas de vizcochos, azucar rosado y nieve, que alli todo venia de fuera, y todo estaba escaso, menos las

las gallinas, que estas y mucha porquería sobraban por toda la casa: como son materias delicadas, no me atreví al principio hacer lo que hice al fin, que viendo aquel hombre mal asistido, (aunque en su casa) de nadie visitado y en una cama como un lechon; determiné darle la quina, que á prevencion la habia yo llevado de Madrid muy rica; con esto, y la asistencia de mi ayuda de cámara, que lo hizo bien, fue logrando mi enfermo algun alivio, y en pocos dias convaleció. Y habiendo visto lo que allí pasaba, dixe á mi ayuda de cámara una noche: yo me estoy muriendo de miedo y aprehension, pues si caigo malo en este Lugar, en considerar lo mal asistido que ha estado este hombre, y que Médico y medicina han de venir de fuera, se me herizan los cabellos, y lo que mas siento es la falta de nieve: ahora me rio yo de los que dicen que es ahorro vivir en un Lugar, porque en mi dictamen se gasta mucho mas; pues en habiendo de venir, como vienen las cosas de acarreo, cuestan tres veces mas que donde las hay á la mano, porque es forzoso

pa-

pagar al que va á buscarlas; y traer algo mas de lo preciso, y despues todo llega que no puede servir. Bien dice el adagio, que la vida de la Aldea, Dios se la dé á quien la quiera: ello aquí se *muere viviendo*, y esto no es bueno para Dios ni para el diablo; pues aquí no hay mas que una Misa, y es preciso madrugar para cogerla: un Jubileo hay por jubileo; si uno se quiere confesar, por fuerza ha de ser con el Cura ó ha de ir fuera á buscar otro: y burla burlando hemos llevado mas de un año en esta infelicidad, donde las noches de invierno y las tardes de verano son siglos; y estamos tan irracionales, que hasta la política regular de dar los buenos dias creo que se nos habrá olvidado. En este razonamiento y desconsuelo estaba yo, quando entró mi amigo y me dixo: un propio de Madrid está ahi con unas cartas; no dexé de sobresaltarme, y dixe, que entre al punto: hizolo asi, y tomando mis cartas, vi que mis amigos me avisaban que podia libremente y sin el menor riesgo disponer el restituirme á mi casa; con esto

vi el Cielo abierto, y habiendo notado que mi amigo, despues de su enfermedad, habia quedado sumamente melancólico, le dixe, por pagarle el hospedage; amigo mio, por estas cartas, que puedes ver si gustas, me avisan como mis enemigos, desengañados é informados de mi buen modo de proceder, han dexado ya de perseguirme, y libremente puedo irme á Madrid, gracias á Dios, que aunque estaba gustoso en tu casa, razon será que ustedes descansen: nunca podré pagarte tantos favores; pero por corresponderlos, y verte triste, te pido encarecidamente te vengas un par de meses conmigo, donde te divertirás y gozarás de los placeres de la Corte, que son distintos de los que ací teneis; y mi señora Doña Agueda creo que esto no lo tendrá á mal, á fin de que te explayes dos dias, aunque sea á costa de carecer de tí. Mi muger, respondió Don Julian, en nada me quita mi gusto; y despues de estimártelo, como es razon, no puedo humanamente admitirlo, porque tengo ahora muchos granos que vender, y que asistir al cuida-

do

do del cultivo de mi hacienda, que es lo que nos mantiene y da de sí para todo. Entonces le repliqué, y dixe: Don Julian, hablemos claros, ya sabes que siempre te he querido bien, y que ha muchos años que nos conocemos, por cuya razon me tomo la mano de aconsejarte lo que te está bien. Tú traes aquí una vida tan arrastrada, que es *morir viviendo*, y no puede ser, por lo natural, que llegues á viejo, por lo que te aconsejo que hagas una pausa en todo y procures vivir. Tú te levantas al amanecer, y andas cogiendo frio en el invierno, y calor en el verano, siempre tras los mozos de la labor, entre mulas y bueyes, desvanecido sobre si aran esta ó la otra tierra, pensando siempre en los precios que tendrá el trigo, tratándote como esclavo de tu hacienda, pues no la gozas, quando por ella ni comes, ni duermes, ni vistes, ni descansas. A tus hijos les dexarás en esto mejorados, pero aquí los veo sin doctrina, ni enseñanza; el mayor bien que les puedes dexar, despues del temor de Dios, es el Don de Sabiduria, y asi dispon el dar-

les

les estudiós, y sacarlos de aquí á que sirvan al Rey, que es la carrera de los hombres blancos, que para cuidar de estos terrones, el mas rudo que dexes basta. Y ahora determina dexarlo todo por unos dias al cuidado de mi señora Doña Agueda, que si te hubieras muerto de la enfermedad pasada, quedaba peor; y por fin, con todo tu afan, ha de llegar el dia que lo dexes, y quanto menos agarrado estés, tendrás menos que sentir; y perdona la claridad con que te hablo, y dá cuenta de esto á tu muger, disponiendo tu viage, porque has de venir conmigo, que quieras que no quieras; y aunque tengo el deseo y la priesa que sabes de llegar á mi casa, te daré un par de dias para que dexes tus cosas dispuestas, que las mias desde ahora están prontas: tú tienes mucha razon en quanto me dices, y desde ahora tomo tu dictamen, y voy á disponer mis cosas: con esto se fue mi amigo, y yo quedé muy contento, mandando en aquellos dos dias recoger los pocos trastos que allí tenia, y me ahorré de la molestia de andarme despidiendo, pues solo usé esta ceremo-

nia

nia con el Cura. Enviamos á Salamanca á buscar una calesa, la que estuvo puntual para el dia aplazado, en el que me despedí de mi señora Doña Agueda con los agradecimientos correspondientes al buen hospedage de su casa; y mandé á mi ayuda de cámara diese á aquellas criadas que habian tenido cuidado de asear el quarto para alfileres. Mi amigo estaba ya muy pronto con una maleta y el mismo vestido que llevó á la funcion de la Aldéa. Dió á su Doña Agueda un abrazo, y tomamos nuestra calesa, la que á jornadas regulares nos puso en las Rozas, en donde encontramos un coche con seis mulas, y dos amigos que nos salian á recibir, los que nos traxeron á mi amado quarto.

PAR-

PARTE SEGUNDA.

VIVIR MURIENDO en la Corte.

AQuellos amigos mas especiales estaban en casa esperándome, y todo fue aquella noche abrazos, y bien venidas, y mi Don Julian estaba aturdido, aunque respondió regularmente á los cumplidos; y se le conocia que tenia mas gana de cenar y acostarse que de otra cosa; las once y media eran, y aun estaban muchos de los mas íntimos conmigo, hablando mil cosas, como si despues no tuviéramos tiempo. Don Julian, como ya conocia los criados, salió de la sala, y dixo al ayuda de cámara: ¿Estos hombres han de amanecer en el puesto? ¿A qué hora hemos de cenar y acostarnos? En mi casa, como Vmd. vió, el que menos tendrá en el cuerpo serán quatro horas de sueño: estando en es-

esto se fueron todos; y despues de darle á mi huesped, aunque tarde, una cena sazonada, le llevaron á su quarto, donde ya tenia prevenido un catre, algo mas limpio que la cama que él dexaba en su casa. Por la mañana, luego que nos dieron chocolate, nos vestimos, y antes que cargasen visitas, me dixo Don Julian: Amigo, yo no traigo mas vestido que éste, que para allá no es malo, pero aqui no puede servir, y así haz que venga tu sastre, porque quiero me haga uno á la moda de acá; y tambien llamarán al peluquero para que me haga un peluquin; al punto se hizo como lo habia dicho: y luego empezaron á desatarse tantas visitas, y tantos recados de conocidas, que no habia tiempo para recibir ni responder; y todos quantos venian preguntaban por Don Julian, porque ya los mas sabian que habia llegado en mi compañia: Aquel dia no salimos, y se pasó en lo dicho. Mi huesped estaba desesperado, y me dixo por la noche: Jesus, Maria y Joseph, mas quisiera haber venido hoy á pie desde mi Aldéa, que haber entrado y salido á la escalera

á recibir y despedir gentes tres mil veces; y vaya Vmd. no puede ser, quédese Vmd. de ninguna de las maneras, y otras cosas para mí tan violentas y olvidadas que me degüellan; ¿pues qué diré de la corbata y peluca, sin habérmelas quitado desde las diez de la mañana á las once de la noche? Si esto hubiera de ser siempre así, fuera *vivir muriendo*. El sigiente dia estaba ya coche y lo demás prevenido para salir, y antes vinieron sastre, zapatero, peluquero y barbero, y pusieron á mi Don Julian como nuevo, aunque lo forastero no se podia disimular con el mal modo de traerse, con el espadin de vara y media de largo, y la camisola y vueltas, que en nada concordaban con el vestido, no obstante, que todo junto podia pasar. Con esto salimos lo primero á Misa, y despues á empezar á visitar á todas aquellas señoras que nos habian enviado recado. Mi Don Julian no sabia mas conversacion que preguntar: ¿Qué calle es esta? ¿Qué Iglesia es estotra? Y quando encontrábamos algun coche decia: ¡Oh! qué buen par de mulas, si

yo

yo las pillara allá pára la labor. Fuimos la primer visita en casa de una especial conocida mia, quien nos recibió en bata, con gran tontillo y el pelo por componer, como regularmente están las damas por la mañana, aunque al descuido habia quedado del dia antes un visito de polvos, y tal qual lunar, entre si se cae ó se tiene. Nos recibió con mil dengosas expresiones, haciéndome á mí mil preguntas de la Aldea, á que yo no podia responder como quisiera por estar delante mi Don Julian; y con todo dixo la Señora: Jesus, señor Don Diego, aunque en la casa de este Caballero estaria Vmd. muy bien, le he tenido mucha lástima, y celebro su restitucion; y pues tanto tiempo hemos carecido de su persona, ahora no se nos venda caro, y venga todos los dias, sin dexar de traer á este Caballero, que puede tambien mandar en esta casa; agradecimos sus expresiones, y nos despedimos, porque teniamos muchas visitas, las que nos llevaron todo el dia por mañana y tarde: y por la noche renegaba Don Julian de tanto cumplimiento y tanta *Señoria*, co-

mo de haberlas visto entontilladas, y con un gran peynado; y todo era decirme: Estas mugeres de Madrid *viven muriendo*. Cómo pueden resistir menearse con aquellos timbales al lado, aquel ajuste de cotilla con que revientan, y un collar tan apretado que las ahoga, con tres mil martirios que pasan para haber de salir bien peynadas; y á lo que noto, casi lo mismo sucede á los hombres, pues muchos de ellos andan tan soplados y peynados como ellas: de suerte, que si á unos y otros les dieran por penitencias que anduviesen asi, no lo cumplirian. El siguiente dia por la tarde vinieron unos amigos á buscarnos con su coche, para llevarnos al paseo. Fuimos al Prado, y á la segunda vuelta fueron tantos los coches que concurrieron, que mi Don Julian se quedó pasmado: á breve rato se enredó todo de suerte, que paramos como todos los demas, y estuvimos asi casi una hora: mi amigo todo era decir: Señores, ¿por qué no andamos? ¿Es estilo del paseo estár asi? No por cierto, le respondieron los compañeros; ¿pero cómo hemos de andar, si

no se puede? cejando, dixo Don Julian. Y yo le repliqué, eso es mas dificultoso, porque tras del nuestro habrá cien coches: segun eso, dixo Don Julian, nos estarémos atascados hasta la noche. ¿Está Vmd. en algun puerto, le dixo uno de los amigos? Aquí estamos en un coche quatro de buena conversacion, con que se divierte el oído y la vista, mirando esta calma, de que su diversidad de colores, rostros, trages, libreas y otras cosas, hacen un quadro, remedo del florido Mayo. Señor, Vmd. se divertirá, dixo Don Julian, que está hecho á esto; pero yo quando me paseo, me paseo. Empezaron luego los coches, todos á un tiempo á moverse, y desbaratar el paseo, con lo que llevamos algunos encontrones; y mi amigo cobró tal miedo, que á cada cosita creia que se nos volcaba el coche: llegó el caso de salir, y él dixo que le dexásemos en casa, que tenia mucho que escribir, que era dia de correo: hicimoslo asi, y nosotros nos fuimos á casa de un amigo. Quando yo volví á la mia, me contó mi ayuda de cámara que Don Julian habia venido

 des-

desesperado, y diciendo: maldita sea el alma del paseo, y si á él volviese aunque estuviera mil años en Madrid. Llaman paseo irse uno muy de respeto á un atascadero de coches, donde todo ha sido hacer cortesias con manos y cabeza, y tragar polvo y mas polvo, despues de estár mil veces para volcarnos, como sucedió á otro coche que yo ví, que le quebraron una rueda: No señor, esto es *vivir muriendo*; allá sale la gente á pasearse á su libertad, y anda por donde quiere haciendo exercicio, con lo que se adelgazan los humores, que aquí todo es poltroneria. Un dia le dixe á mi huesped, que quando gustase iriamos á la Comedia, que es una de las cosas que tiene de que gozar en Madrid un forastero; y me dixo: como no me lleves al paseo del otro dia, llévame donde gustases, que estoy pronto; pues esta tarde iremos en el trage que quisieres. Iremos de capa, me dixo, por librarme esta tarde de peluca: convenidos en ello, envié mi lacayo á que tomase sobre las varandillas dos asientos, los que á la hora regular ocupamos, y estuvimos bastan-

tante tiempo esperando, pasándolo en decir yo á mi compañero quie es son estos, y quienes son esotros. Llegó el caso de la Comedia, la que oimos con mucho gusto, porque era buena, y lo hicieron á la perfeccion: acabada fuimos á salir, y fue tal la confusion de coches y de gente, que en mucho rato no lo pudimos lograr, y fue siempre temiendo no nos atropellasen. Venimos á casa, y preguntando á D. Julian ¿qué le habia parecido la Comedia, y cómo le habia ido? Respondió: Amigo, la Comedia y todas estas circunstancias de fiesta me han parecido muy bien; pero Vmds. se divierten aquí con mucho contrapeso, porque aquel esperar á que empiecen no hay alma que lo tolere, y la salida si cabe es peor; y no estraño que vayan los hombres, que en todo es gente mas desembarazada y desenvuelta que las mugeres; lo que estraño es, que estas (y mas las de la cazuela) vengan solas á pie, y despues salgan como salen por entre los coches expuestas á mil peligros: ¡Qué buena era mi muger para esto! En su vida viera ella así una

Comedia. Amigo, le respondí, aquí las mugeres, aunque son muy damas, son mas resueltas que las de los Lugares; aquí aunque haya una vara de lodo, y se salga de noche, cogen sus chinelas, y se vienen á la cazuela, que para ellas no hay peor rato que guardar la casa. Por la mañana eché menos á mi amigo, y me dixo un criado que habia salido solo, diciendo que tenia que hacer. Salí, y volviendo á casa á la hora acostumbrada, mi amigo no parecia, cosa que estrañé, porque aunque él era puntual en todo, á aquella hora era mucho mas: de allí á muy poco rato llegó tan fatigado, que apenas podia dar el aliento. Preguntéle, ¿que qué traia, y que de dónde venia? Y él respondió muy fatigado: De esas malditas calles, donde se revienta uno andando, porque los guijarros se clavan en las plantas de los pies. Yo salí á comprar unos recadillos que necesitaba, y me vuelvo sin ellos, porque piden los ojos de la cara: fuí al Correo, y ha sido tanta la gente que hay, que no he podido llegar á las listas; y un pañuelo que llevaba nuevecito me lo han limpia-

piado del bolsillo, y si me descuido, me sacan la caxa: de allí me fui á Misa á la Soledad, y no la he oído, porque habia á mi lado dos monos que no han cesado de hablar y hacer gestos á las que entraban y salian: Si el Cura de mi Lugar los viera en su Iglesia, les echara una arroba de cera de multa por la primer vez; y si se ofreciera los echara del Templo, que menos inconveniente es que no se oiga Misa, que no el que se profane el Templo y Casa de Dios. Desde allí salí á la Puerta del Sol, donde hay á todas horas tres mil vagamundos, que valia mas que estuviesen cada uno en su oficio, que no ociosos, y el que no le tiene, que vaya á servir al Rey, que mejor amo no ha de encontrar. El año que yo fuí Alcalde quisiera coger tanta gente desocupada en mi Lugar, que yo los empleara á todos bien presto: luego quise venirme á casa, y ha sido milagro poder llegar con la plaga de coches que se me echaban acuestas; que los delantericos no saben mas estrivillo que arrear y decir quando uno tiene las mulas encima, con licencia seo guapo: A

 es-

esto se me añadió perderme, y no llegara á casa si un muchacho por dos quartos no me hubiera puesto en la calle. Este Lugar todo es una confusion, y todo es *vivir muriendo.* Cierto, le dixe, que haces muy poca merced á esta casa, pues pudiste haber llevado contigo un criado; y para comprar las cosas que dices yo hubiera ido contigo; y en el Correo dando un quarto mas por cada carta las tienes apartadas. La gente de la Puerta del Sol no es tan vagamunda como te parece, que allí concurren los forasteros y gentes de obligaciones á buscarse unos á otros, por ser el sitio de mas concurso; y en quanto á lo que te sucedió en la Misa tienes razon, pero en Madrid hay todo lo que uno quiere; y así otra mañana puedes irte á oirla á trescientas Iglesias que hay desocupadas de gente, donde sobra la quietud: los forasteros, unos porque no tienen quien los dirija, y otros por parecerles que todo lo saben, usan mal de Madrid, y despues no tienen otro estrivillo que vituperarle. De allí á unos dias fuimos convidados á una funcion que un amigo mio tenia á su

cum-

cumple años; y despues de habérselos dado por la mañana á su parienta, concurrimos por la noche: Quando llegamos ya estaba todo el estrado lleno de mugeres y hombres, estos muy soplados, y ellas muy peinadas, muy llenas de lunares y polvos, que todo esto cuesta poco pero vale nada. Alli se hizo feria de *Señorías*, y valian tan baratas que el que no queria no la tenia; mi amigo Don Julian llevó muchas, pues todos y todas se la daban; y él como las cogia á deseo se las tragó, aunque volvió algunas. Luego salieron á servir el agasajo, que fue correspondiente al dia; y aunque hicieron lo que debian, despues se dixo que debian lo que habrian hecho. Acabado esto, que es lo que antes acaba, dixo la señora á un page: en bebiendo los músicos avisen Vmds. En este medio tiempo estaba un hijo de vecino á un lado enredando con una guitarra sentado en una silla, y no llegaba con los pies al suelo como mas de una quarta: la cara era sumamente dificultosa, pues demás de un rostro corto con una naríz larga, estaban tan reñidas las niñas de sus ojos,

que

que no podia una ver lo que otra queria mirar: En el cuidado que ponia de guardar las espaldas se conocia que tenia en ellas algun sobresaliente embuchado de huesos. Una de aquellas Damas se encaró á él, y le dixo en tiple: Señor D. Tiburcio, tengo noticias de que Vmd. sabe (de su cosecha) unas seguidillas nuevas, de buen gusto; y pues ya conocemos el metal de su voz, interin que otra cosa se dispone, háganos el gusto de cantarlas: Señora, respondió el Hysopo, será dar un mal rato á el auditorio; pero todos saben que quien obedece no yerra, y con esta salva cantó las siguientes seguidillas:

Tú, Felisardo, Amigo,
Quieres casarte,
Y antes que lo executes
Has de escucharme;
Porque es preciso
Que sepas lo que pasa
Todo marido.

Yugo es el matrimonio
Que las mas veces
Yo no sé quien le tira,
Mas tú lo infiere;

Pe-

Pero inferido,
Importa mas callarlo
Que no decirlo.
Es la muger en casa
Puesta al estilo,
La Cruz, y aun el Calvario
Para el marido;
Pues solo piensa,
En la gala, paseo,
Y en la Comedia.
Qué es vér un gurrumino
Entrar en casa,
Y ver la mugercilla
Cómo le trata;
Y el majadero,
Con esto y otras cosas
Está contento.
Qué es verla en el estrado
Eternamente
Con soldados, amigos
Y petimetres;
Quando su casa
Se queja de que vive
Mal gobernada.
Qué es verla puesta en bata,
Y gran tontillo,
Sin que sepa su esposo

Dón-

Dónde ha salido;
Y si lo sabe,
Es preciso que sufra
Y que lo calle.
Qué es mirar seis muchachos,
Puercos y rotos,
Y la madre ajustada,
Y atrás los codos;
Y á medio dia,
Sabe Dios como quedan
Sus pobres tripas.
Qué es mirar su cabeza
Llena de harina,
Quando el pan ha faltado
En la comida:
Y aun el cocido,
Del alma le faltaba
Un en enemigo.
Qué es mirarla preciada
De bachillera,
Hablar con hombres doctos
En toda ciencia;
Quando no ha visto,
Por adentro, ni fuera
Tan solo un libro.
La muger que mas sabe,
Sabe en su casa

Gobernar algun cofre
De ropa blanca;
Y si está lleno,
Dará razon escasa,
De lo que hay dentro.
Qué es mirarla en el Prado
Con cien braceros,
Sin que aquesto al marido
Pueda dar zelos;
Porque es delito,
Reprehender lo que es justo
En un marido.
Si es preciada de hermosa
Observo y noto,
Que está con el espejo
Siempre á los ojos;
Y quando es fea,
No hay una alma de gusto
Que pueda verla.
Quando es rica, es soberbia,
Y quando es pobre
Es el mayor trabajo
Que tiene un hombre;
Con que es forzoso
El aguantar la carga
De un modo ú otro.
Siendo cierto y muy cierto

Ser

Ser tontas todas,
Es preciso fiarles
Mi honor y honra;
Y es disparate
Guarde la tonta alhaja
Que tanto vale.
Compañera del diablo
Es qualquier Dama,
Puesto que es enemigo
Tambien del alma;
Y es desatino
Querer por compañera
Un enemigo.
Quando están en visita
Juntas las bobas,
No saben otra cosa
Que hablar de modas;
Y la mas sábia
Saca alli los defectos
De su criada.
Disturbios, pesadumbres,
Pleytos, quimeras,
Por lo comun, amigo,
Los causan ellas;
Porque los hombres
Ciegos dexan llevarse
De sus pasiones.

De esta verdad testigo
Es nuestra España,
Quando en su mayor ruina
Puso la Caba;
Mas no te admires,
Porque de estos exemplos
Sacaré á miles.
¿Quién revolvió la cisma
De Inglaterra,
Sino aquella malvada
De Ana Bolena?
Pero no es mucho,
Quando perdió una sola
A todo el mundo.
Mi dictamen es este,
Y ahora digo,
Que entres en hora buena
A ser marido;
Que otros tan buenos
Aguantan en tal caso
Estos enredos.

Apenas oyeron esto quantas estaban en el estrado, quando se quisieron tragar aquella mala sabandija, que tal habia compuesto y cantado; porque nada amarga mas que la verdad. Los hombres lo celebraron mucho; y uno de ellos dixo:

xo: este es el mayor ingenio que tiene la Corte, y dice de repente como nadie en el mundo; si quisiera un rato hacer el oráculo, y responder á lo que le fuésemos preguntando, oirian Usias mil discreciones. Con este informe nos alentamos á pedírselo; y él respondió: Que estaba pronto, como las Señoras lo permitiesen; á lo que todas á un tiempo le dixeron: Vmd. haga lo que gustase, que peor de lo que nos ha puesto ya no podemos estár; pues manos á la obra, dixo el chuchumeco, y sacando la silla á la mitad de la pieza, se nos presentó en forma de Apolo, y los mas aficionados fueron preguntando, y él respondiendo, como se sigue.

I.

P. ¿Quáles son aquellas cosas
Que fastidian y no ofenden?
R. Una fea desdeñosa,
Y un preciado de valiente.

II.

P. En todo aquello que cabe,
¿Quién está acá en el Infierno?
R. Dicen que los mal casados,
Y todo el que está debiendo.

III.

III.

P. ¿De qué gustan las mugeres
Que hoy se estilan en el mundo?
R. De que las llamen hermosas,
Y que las regalen mucho.

IV.

P. ¿Cómo ha de ser un marido
Para cobrar buena fama?
R. Todo el año ciego y mudo,
Y parar muy poco en casa.

V.

P. De los gustos de esta vida,
Dime ¿á quál te inclinas mas?
R. A beber siempre bien frio,
Y oír tocar y cantar.

VI.

P. ¿Qué es una muger zelosa
Con su galan ó marido?
R. Un dragon, una serpiente,
Un aspid, un basilisco.

VII.

P. Si te piden una alhaja,
¿Qué harás, si á mano la tienes
R. La daré luego al instante,
Que con eso doy dos veces.

VIII.

P. En las cosas racionales,
¿Quál es el mayor tormento

R. El estar siempre lidiando
Un discreto con un necio.

IX.

P. ¿ Por qué la verdad desnuda
Ha andado toda la vida?
R. Porque entre niños y locos
No tienen con que vestirla.

X.

P. ¿ Qué es lo que acaba á los hombres,
Y los destruye los bienes?
R. Enfermedad, pleytos, carcel,
Pesadumbres y mugeres.

XI.

P. ¿Qué apetece una muger
Que tiene libre alvedrio?
R. Gala, paseo y estrado,
Y que no falte marido.

XII.

P. ¿Qué cosa debe mirar
El hombre con mas cuidado?
R. La muger con quien se casa,
Porque no es cosa de un año.

XIII.

P. ¿ Dime de dos cosas buenas,
Si sabes para buscarlas?
R. Busca una muger prudente,
Y una lengua bien hablada.

XIV.

P. ¿Cómo he de hacerme bien quisto
Y bien mirado de todos?
R. Usando siempre verdad,
Cortesía y buenos modos.

XV.

P. ¿Las mugeres y los vidrios,
En qué se parecen mas?
R. En que se empañan y quiebran
Con mucha facilidad.

XVI.

P. Dime, ¿cómo acá en la tierra
Tienen descanso los hombres?
R. Teniendo un pasar decente,
Sin pleytos ni pretensiones.

XVII.

P. ¿Quáles son aquellos hombres
Que fastidian con estremo?
R. Embustero, adulador,
Petardista y avariento.

XVIII.

P. Dime ¿cómo he de portarme
Con mi dama ó mi muger?
R. Con agasajo y prudencia,
Haciendo del ladron fiel.

XIX.

P. ¿Qué alhajas guardará el hombre
No dándolas ni aun prestadas?

 R.

R. Dicen que han de ser tres cosas,
Caballo, muger y espada.

XX.

P. ¿Por qué la muger no puede
Hablar en cosas de Iglesia?
R. Porque ninguna es Doctora,
Y todas son Bachilleras.

XXI.

P. ¿Por qué tiene entre los hombres
Tanta estimacion el oro?
R. Porque aquel que tiene mucho,
Dicen que lo tiene todo.

XXII.

P. ¿Puede el hombre alguna vez
Tener confianza en sí mismo?
R. No, que no puede saber
A qué le traerá el destino.

XXIII.

P. ¿Cómo podré yo portarme
en mi casa sin deber?
R. El dia que tenga quatro,
No gastando mas que tres.

XXIV.

P. Entre todos los que sabes,
Elígeme un buen amigo.
R. Deseándote yo servir
Es preciso darte un libro.

XXV.

XXV.

P. Entre todos los que dan,
Dí, ¿quién es el mas bizarro?
R. El que da de hacienda agena,
Y no ha sabido ganarlo.

XXVI.

P. Entre lo hermoso y discreto,
Dime tú, ¿quál eligieras?
R. Lo discreto, porque crece,
Y todo lo hermoso mengua.

XXVII.

P. ¿Cómo quieres á tu Dama,
Muerta, ó en poder de alguno?
R. Muerta, que los zelos son
El mayor monstruo del mundo.

XXVIII.

P. ¿Entre ser noble ó ser rico,
A qué tu inclinacion llama?
R. A noble, que rico es uno
De la noche á la mañana.

XXIX.

P. ¿Cómo puedo desquitarme
De una muger ingrata?
R. Es el desquite mas pronto
Empezar luego á olvidarla.

XXX.

P. ¿Quánto sabe la muger,
Que sabe mas entre otras?

R. Hacer un cumplido en tiple,
Y hablar de estrados y modas.

XXXI.

P. ¿Quién es aquel que en el mundo
Hace todo lo que quiere?
R. Quien tiene mucho dinero,
Y á ninguna cosa teme.

XXXII.

P. ¿De qué gusta que le hablen
Todo el hombre que bien ama?
R. De nada, como no sea
Hablar de la cosa amada.

XXXIII.

P. Dí, ¿de qué sirve tener
Sin uso mucho dinero?
R. De enriquecer tres ó quatro
Despues que su dueño ha muerto.

XXXIV.

P. Todo aquel que sirve al Rey
¿Cómo será buen Soldado?
R. Nunca haciendo mas ni menos
De lo que tiene á su cargo.

XXXV.

P. Dime, ¿qué hombre se parece
A un caballo desbocado?
R. Todo mancebo vicioso
Si no le ván á la mano.

XXXVI.

XXXVI.

P. En quanto á elegir estado,
¿Qué hará un padre con un hijo?
R. Lo que Dios hace con todos,
Que es darnos libre alvedrio.

XXXVII.

P. ¿De qué cosas ha de huir
Uno siempre en esta vida?
R. De toda lengua mordaz,
Y de mala compañia.

XXXVIII.

P. Dí, ¿por qué de una costilla
Formó Dios á la muger?
R. Porque le quedase al hombre
Ese hueso que roer.

XXXIX

P. ¿Qué cosa deben hacer
Con mas cuidado los hombres?
R. Tener reverencia al Templo,
A sus padres y mayores.

XL.

P. ¿Qué dos cosas ha de hacer
Diariamente el Christiano?
R. Oír Misa atentamente,
Y rezar asi el Rosario.

Mas preguntas se le hicieran al Orá-culo, segun todos oían gustosos sus res-puestas, á no estar ya los Músicos sa-

cando la cabeza por las puertas, y así les mandaron entrar, y empezando á tocar, dieron principio á un furioso bayle de minuetes, que no probó mi Don Julian: no le sucedió así en las contradanzas, en las que le entraron, y le reventaron; porque aunque al principio fueron con algun juicio, este duró poco, y empezaron una galopada, con que se pervirtieron todos los órdenes, y cada uno tiraba por su compañera como queria: duró esto hasta la una de la noche, que todos quedaron sudando, molidos y reventados; no obstante, que como eran mudanzas, algunas de ellas aun desafiaban á hacer mas: acabada toda la funcion nos venimos á casa, en donde dixe á Don Julian: por Dios, amigo, que esta noche la has logrado, y que te has divertido á satisfaccion. Quando creí que convenia en todo esto, me responde muy enfadado: amigo yo hice lo que viste mas por fuerza que por buena voluntad; y no sé que sea diversion venir á cenar á las dos de la noche, rendido uno y hecho mil pedazos de dar vueltas, y correr por un lado y otro, sin mas diferencia que una mano, otra mano, cruz, cerro, y darle, darle,

has-

hasta caer unos sobre otros ; y no quiero meterme á místico, y decirte la parte que el diablo saca de esto ; y solo digo, que es dificultoso salir bien de tales encuentros: vámonos á acostar, aunque sea sin cenar, y no me repliques, que en todo *vivís muriendo*. De alli á unos dias vino un amigo á convidarnos á la Opera, para lo que tenia aposento tomado: dispusimos llevar á Don Julian, por ver si algo le gustaba en la Corte ; y llegada la hora fuimos al Coliséo del Príncipe, cuyo teatro estaba ya iluminado, y todos los aposentos llenos de las gentes de mas lucimiento que tiene Madrid. No dexaba de haber algun conocido, adonde hicimos muchas cortesías y besamanos. ¿Qué te parece de este aparato, le dixe á mi amigo? Y me dixo m: ӯ bien : al punto empezaron los instrumentos la abertura, y descorriendo el telon al compas de un sonoro coro de voces, se presentaron en el teatro las Operantas obstentando bizarrias. Alternaban á esto una gran comparsa de hombres; y luego que los reparó Don Julian, dixo: ya esta fiesta no puede ser buena ; y yo le dixe, que por qué; y me respondió, porque estos hombres

la

la echarán á perder: á lo que satisfice diciendo como no hacian mas papel que acompañar el tablado, y pidiéndole silencio, oimos el acto primero, en cuyo intermedio, mientras baylaban, dixe á mi Don Julian si estaba gustoso, ¿y qué le parecia? Me dixo que bien; y que habia oido algunas arias con gusto, aunque otras le habian cansado por su muchas repeticiones, y que los recitados no los podia aguantar. Prosiguió la Opera, y acabada salimos tres ó quatro veces á tomar el coche, y habia tanta gente, que no pudo ser, y quando lo logramos eran mas de las once y media de la noche. Nos dexaron en casa los amigos, y en el tiempo de la cena dixe á Don Julian: Que qué le habia parecido la fiesta. Me respodió que la Opera bien; pero sus circunstancias mal; porque no hallaba por diversion ir á las siete á embanastarse en uno de aquellos aposentos, y estarse hasta las once y media tomando sudores, y percibiendo casi los alientos de todos, por oir tres ó quatro arias buenas, que lo demás eran repeticiones molestas y recitados cansados; y que habia notado que los mas que iban alli iban

á

á conversacion. Yo le repliqué diciendo: amigo, quien algo quiere algo le ha de costar, que no ha de ser todo ajustado á la medida del deseo. Quando la Opera es buena, á los que entienden de música, y á los que no la entienden, si son hombres de buen gusto, aunque sea larga, no cansa; y en fin, tú no has hecho la cuenta de que aquel es un teatro que se compone de la mayor parte de la Grandeza de Señoras y Señores, y de ahí abajo de la gente de mas distincion de Madrid: que allí en las arias que tú dices que no son buenas, y en los largos recitados se halla un trato muy racional y cortesano; una música mas que decente; una noche que parece dia; coteja estas circunstancias, y otras que omito, y mira si esto será algo mejor que pasar la noche en tu Aldéa jugando al cinquillo con el Cura y el Barbero. No le sentó esto muy bien á Don Julian, y se fue á acostar medio enfadado: de allí á unos quatro dias me dixo de sobremesa: amigo, yo tengo determinado mi viage á mi casa, que en ella hago mucha falta, y aquí nada tengo que hacer; y creo que solo siento perder tu amable compañía, que las co-

sas de Madrid no las echaré menos, porque por mas que defiendas, *vivis muriendo*; pues he notado bien que aquí todo es apariencia, todo mentira, todo adulacion, no hay amigo para amigo, ni mas pensamiento que pensar cada uno cómo ha de engañar al otro y quitarle lo que tiene: la envidia lo posee todo tan por suyo, que no he estado en parte donde no la encuentre: vosotros haceis de la noche dia, y de el dia noche; de la mañana tarde, y tarde de la mañana; pues he visto la mucha gente que oye Misa á las dos. Todo quanto teneis lo lograis con sobresalto; porque nada está seguro en las casas, ni fuera de ellas, ni aun la capa que uno lleva agarrada y afirmada en sus hombros, ni las Imágenes en los Templos, sin que haya bastado á evitar esto las altas providencias que para ello ha tomado el piadoso zelo de nuestro Católico Monarca, á quien la Magestad Divina nos guarde muchos años; aquí todo es sustos, todo sobresaltos, todo temores, y todo *vivir muriendo*; y aunque sea sabida, por venir al caso, te he de contar (por si la has olvidado) la Fabula de los Rato-

tones, que es como se sigue: un afamado Raton de la Corte hizo con toda su familia un viage, y entre las posadas de su camino se hospedó á la vuelta una noche en la cuebecilla de un raton campesino, que tenia amigo: éste le recibió sumamente gustoso en su estrecha habitacion, y le dió de cenar unas bellotas y frutas silvestres, que por aquellos campos habia podido adquirir; el siguiente dia le hizo detener á descansar (aunque no era el hospedage como merecia el señor Raton cortesano) y salieron por la tarde á gozar de las amenidades del campo, en el que reconocido libre de gatos, se divirtieron y alegraron con muchos saltos y corcobos; al otro dia el Raton andante se mostró tan agradecido á su amigo el Raton campesino, que le dixo: aunque me he alegrado mucho de verte, siento que un Raton de tus prendas esté tan retirado y pobre; que se mantenga con la miseria que he visto, y que tenga por habitacion un agujero en la tierra, expuesto á mil riesgos y avenidas; y así determino que con toda tu familia te vengas conmigo á la Corte, don-

donde serás muy regalado de todo género de manjares, y vivirás á tu salvo conducto en la casa de un gran señor. El pobre Raton campesino, con esta expresion, se alegró mucho, y tomando todos la marcha, entraron de tropa en Madrid, y se fueron á un quarto baxo primoroso de la casa de un señor. Al otro dia fueron todos juntos á una expensa, que no estaba lejos, donde habia grande abundancia de perniles, chorizos, quesos, caxas de dulces, y otros mil regalos; y entonces dijo el Raton cortesano á los forasteros: ea, amigos mios, saciad vuestro apetito, y comed quanto querais, que aquí todo sobra. Con esto los hambrientos campesinos envistieron con un sabroso queso (que jamás habian probado), y no bien le habian tomado el gusto, quando sonó en la puerta el ruido de una llave, y asustados todos, se fueron corriendo los cortesanos á un agujero conocido que tenian: los pobres nuevos se quedaron corriendo de una parte á otra, sin saber donde alvergarse, á tiempo que entró un hombre, y andando á monterazos con ellos, despues de maltratar mucho á los principales, mató el hijo mas pequeño del